

ner posteridad? ¿Hareis responsable al hombre de la enfermedad que trajo consigo á la cuna? Luego es necesario, segun Manés, reconocer como los antiguos persas un genio que levanta la pena junto á la alegría, y vuela en pos de la luz con negro sudario de tinieblas, y pone con sarcástica risa la amargura de la hiel en el fondo de todos los placeres, y encierra un espantoso infierno en el abismo de los humanos deseos, y se burla de nuestras ambiciones, de nuestras esperanzas, convirtiéndolas en el polvo que llena las tumbas; inmensa araña que mancha los cielos de la vida y los cubre con la tela de la muerte en que caen los mundos y los hombres, todos los seres del Universo. En el alma, segun Manés, luchan como en el Universo Dios y el mal, la luz y las tinieblas. San Agustin combate este sistema diciendo que el mal no tiene ese poder absoluto proclamado por Manés, puesto que contribuye tambien á la armonía del Universo; que el libre arbitrio no seria posible sin el mal, pues el hombre no tendria mérito si no mereciese tambien segun su voluntad y sus obras; que el alma no se puede atribuir á Dios sino á los seres limitados y contingentes; que los defectos, las desgracias físicas, las fatalidades orgánicas, con las cuales se pretende argüir de inicuo al Dios de la justicia, se esplican en el pecado original, por aquella primera caída, en la cual todos caimos; que es evidente la unidad del género humano contenida con toda su virtualidad en Adán; cuya fué la voluntad de renunciar por sí y por todos sus hijos á la inocencia del paraíso. Estas eran las doctrinas de San Agustin.

Pero su mas grande combate fué el combate con Pelagio, con el espíritu de Occidente, terrible, amenazador. Pelagio es un monje. El aislamiento y la soledad le inspiraron ese amor, ese delirio por las ideas propio de los solitarios que suelen concentrar en una idea todos los amores del alma. San Gerónimo nos lo pinta valeroso, atrevido, incansable, grande como el emperador Maximino, especie de gigantesco bárbaro venido de las oscuras selvas á escalar la luminosa ciudad del espíritu, la Roma de Cristo. Su larga estancia en Oriente le inspiró el deseo del combate, el afán del proselitismo. Fué tartamudo, y sin embargo, cuando su corazón se encendía, la palabra estallaba de su pecho tan sonora y majestuosa como el trueno de las nubes. Hijo del positivo Occidente, su doctrina era positiva; bárbaro, su idea era como su carácter, el aislamiento del hombre en la libertad. El individualismo de su raza se habia convertido para Pelagio, de carácter en doctrina, en religion. Segun su idea, en la voluntad está la ener-

gía de la vida, y de la voluntad únicamente pende el destino humano. El hombre puede perderse, y puede salvarse á sí mismo. Su vida es la obra de su voluntad. Con la libertad tiene un cincel mediante el cual desbasta el frio mármol de su ser y le da todas las formas, y lo enciende con todas sus ideas. Dios nos donó la ciencia y la voluntad, para conocer con aquella, para obrar con esta el bien ó el mal, y nos dejó luego abandonados á nuestro destino, obra de nuestras manos. La exaltacion pues de la voluntad y de la conciencia es la idea de Pelagio. El dogma cristiano de que Dios obra por la gracia en la voluntad y en la vida quedaba eclipsado. Todo lo universal perecia á los golpes de aquella lógica. La humanidad se encontraba huérfana, abandonada de Dios, perdida en el mundo, azotada por la tormenta, y sin confiar ni en el auxilio del cielo, como el náufrago que abrazado á una tabla y faltó de fuerzas, viera el abismo del mar tragándosele y el cielo vacío. Siempre la idea de Dios es necesaria á la vida; pero mucho mas en aquellos momentos en que las legiones de los bárbaros venian por los cuatro puntos del horizonte como inmensas trombas, y agonizaba Roma. Si se perdía la eficacia religiosa del Cristianismo se perdía la civilizacion. Si el bárbaro no encontraba en su camino una idea universal y divina que le educara, se acababa la sociedad; caian sobre el Capitolio las arenas de los desiertos, y se apagaba la última luz de la vida. San Agustin se levantó á conservar la eficacia religiosa del Cristianismo, á salvar en aquel naufragio la idea de Dios para que la recibieran en su alma los bárbaros. San Agustin dice que la conciencia y la voluntad están quebrantadas y enfermas; y que el hombre por sí solo no puede hacer sino perderse, como piedra arrojado á los abismos. Todos hemos errado en Adán, todos en Adán hemos pecado, todos en Adán hemos caído. La naturaleza humana se enfermó en aquel punto con terrible enfermedad, y enferma continúa en nosotros, enferma de duda y de error la inteligencia, enfermo de dolor y de peado el corazón, enfermedad tan grande y corrosiva que trasciende al Universo, y pone en él tinieblas como nuestros errores, ponzoña como nuestros pecados. La pérdida universal é irremediable de todo el género humano, la privacion de Dios, la eterna pena, el eterno tormento, las llamas sin fin, las lágrimas sin consuelo, los dolores sin remedio, serian justísimos castigos, porque todos en uno hemos faltado, y al faltar hemos traído el mal y el pecado que afean la vida, como el ángel rebelde cuando apartó los ojos de Dios y los puso en su propia hermosura, adorando como Dios lo que era solo de Dios lejano

resplandor, sintió la amarga lágrima del mal en su mejilla, y el fuego del infierno abrasando las alas con que había cruzado el éter de la gloria. Quitad el pecado del alma, y habreis quitado el alma del mundo. Quitad el pecado del alma, y todo lo que en el alma queda proviene de Dios.

El pecado es tan profundo, y ha tanto ahondado en la mísera naturaleza humana, que solo Dios puede curarlo. Por eso nuestra caída ha traído consigo la redención, el sacrificio de Cristo. Lo que Cristo nos ha tocado con su sangre y no ha redimido con su muerte, se perderá irremisiblemente, como virus de corrupción; porque lo que Cristo no ha tocado con su sangre, tocado está por el mal, lo que ha redimido Cristo con su muerte, muerto está para siempre. Toda la antigüedad con sus poetas, sus filósofos, sus sacerdotes, sus legisladores; Tiro la rica, Alejandría la sabia, Atenas la libre, Corinto la artística, Roma la inmensa, toda la antigüedad, perdida está en las tinieblas, encerrada en los sepulcros. ¡Infeliz! Sin la luz del cielo, sin el aliento creador de Dios, sus glorias son vanas sombras perdidas en los vientos. Los niños no bautizados, los pobres niños que no han podido sentir ni el error ni la duda, ni el pecado en sus almas todavía encerradas en la flor de la inocencia, los niños que mueren sin haber conocido el mal, no serán castigados con aquel fuego de los réprobos, pero tampoco iluminados con aquella suave luz de los escogidos. El pecado original está en todos nosotros: mezclado como virus corrosivo con nuestra sangre, solicitándonos al mal con los ardores de la voluptuosidad difundidos por nuestra carne, oscureciendo con toques de sombra la claridad de nuestra inteligencia. Y este pecado, que es la duda, el mal, la enfermedad, la concupiscencia, la muerte, no puede ser curado sino por aquel bálsamo cuyas gotas podrían poblar de mundos la estéril nada, por la sangre de Cristo. Sin la redención toda nuestra vida sería muerte; sin la gracia todas nuestras acciones pecados, todas nuestras ideas errores. En la unión del alma con Dios está la vida. Dios toca el corazón y lo limpia como vaso de bendición para su templo; derrama su aliento en la inteligencia y enciende una luz tan viva que en su presencia el sol se ofusca como las estrellas en el sol. Todo lo que es, por Dios es; todo lo que se mueve, de Dios recibe el movimiento; todo lo que vive por Dios, vive, y todo lo que muere en Dios se duerme. Sin Dios todo sería nada. El que pone el mundo y el alma fuera de Dios, limita á Dios. El que limita á Dios niega á Dios, porque en el límite está el escollo donde tropiezan con

el mal todas las criaturas. Por estas ideas el gran sacerdote del siglo cuarto llevaba una doctrina severa, enérgica, de virtud poderosa, de fuerza eficaz al seno del bárbaro, solo domable por la voluntad de Dios. Rotas todas las barreras y acabadas todas las resistencias, solo podía ser vencido el hijo del desierto por la fuerza misma de Dios. El dogma de la solidaridad del delito adámico, y de la eficacia de la gracia era el gran dogma de educación en el siglo iv. La prematura rebelión pelagiana no hubiera hecho más que estender las ideas germánicas hasta la cima del Capitolio y desligar al hombre del hombre, y á todos los hombres de Dios, cuando se necesitaba un lazo social entre los hombres y una confianza ilimitada en Dios. Así, en aquel momento supremo de la historia, en aquella última noche del antiguo mundo, cuando la oscuridad de las grandes tinieblas caídas sobre la vida, salían como aves nocturnas y carniceras los bárbaros á revolotear sobre los cadáveres que flotaban en los mares de sangre, los bárbaros, rudos, incultos, salvajes, adoradores de dioses antropófagos, desligado de todo lazo social, cuyo mundo era su carro de guerra, cuya nación era su pequeña tribu errante y desasosegada, los bárbaros que hubieran reducido la civilización á nube de polvo deshecha por el huracán si estas ideas no lo educaran para la sociedad, obligándole á bajar su frente ante Dios uno, y á llamar hermanos á los hombres, unos con él en dolores, en desgracias y en esperanzas de redención y de eterna vida. (Aplausos.) Hé aquí pues, señores, cómo San Agustín es el gran doctor que acomoda el dogma á las necesidades más perentorias de la edad media, del nuevo mundo que va á surgir, como un Apocalipsis grandioso, de las ruinas del Imperio romano destruido por los bárbaros. (Aplausos.)

Señores: hemos concluido en el presente año nuestra dificultosísima tarea. No resumiré cuanto he dicho, porque al volver la vista atrás me fatiga el largo, el penoso camino recorrido con tantos y tan varios trabajos. Tampoco indicaré todas las consecuencias que de mi larga enseñanza se desprenden, porque lo dejo para el día que termine toda esta obra y ponga la última piedra en todo este edificio. Pero en verdad os digo que hoy como en el siglo iv estamos necesitados de la idea de Dios, luz de todo el espíritu, atmósfera de toda la vida. Las grandes revoluciones sociales se animan en una idea metafísica que en su esencia es una idea religiosa. Se oscurecerá, desfallecerá, porque el hombre puede en su libertad hasta renegar de sí mismo, pero la idea religiosa será siempre en la historia como la vida en el Univer-

no, como la conciencia en el alma. El hombre sentirá y conocerá un ser perfecto, absoluto, sobre natural y sobre espiritual, causa de todo ser, principio de toda vida. Y tendrá eternamente con esa sed de la razón que nunca se apaga, con esa ambición infinita de los amores y de los deseos espirituales que nunca se llena, á unir su ser contingente y limitado con el ser absoluto y perfecto. Y esta tendencia de la naturaleza humana será fundamento de la religión, de este lazo espiritual y divino, que nos hará en nuestra misma limitada vida partícipes hasta cierto punto de la esencia divina y sus perfecciones. Esta necesidad vivísima del espíritu que se eleva de los amores de un día al amor perenne; de la pálida hermosura, semejante al rayo del sol entre nieblas, á la eterna hermosura; del bien limitado circuido de males, como la flor de espinas, al bien supremo; de la verdad fraccionada y rota á la verdad esencial y absoluta; de la vida fugaz, como el sueño, á la vida eterna; esta necesidad del espíritu hará siempre del hombre un ser religioso. El gran ministro de la creación, el sacerdote del templo del Universo, recogerá la palabra misteriosa desprendida de todas las armonías de la vida, la oración inconsciente elevada por todos los seres, y las alzará en los altares del espacio como un holocausto de amor al Ser Supremo. Dios es el bien, la vida, el amor, la verdad eterna. A Dios deben volver su vista todos los seres, porque en nuestro pasado fué la causa de todo, en nuestro presente es el impulso y el movimiento de todo, y en nuestro porvenir será el fin de todo. La voz de Dios llamándonos á lo infinito y á lo eterno en medio de los dolores de lo limitado y de lo infinito, es la idea religiosa primera necesidad de nuestras almas. Si, el hombre religioso busca á Dios por todos los espacios y en todos los tiempos, siente su presencia en la naturaleza y la conoce en el espíritu; le ama con el amor santo, con el deseo infinito de la plenitud de la vida; vuelve á Dios sus ojos arrasados de lágrimas, su pensamiento conturbado por la duda, obra, cuando su conciencia está limpia, en intimidad con Dios; y si al bien se inclina en el fondo de toda obra buena, vislumbra la luz de Dios; se une en la idea de Dios á todos los hombres considerándolos como hijos de un mismo padre, como individuos de una misma familia; ve en Dios la providencia que le gobierna, la salud eterna del alma, la felicidad infinita en cuyo blando regazo se han de embotar un día todas las espinas del mundo; se identifica con la naturaleza como obra de Dios, y con la humanidad como imagen de Dios; realiza la hermosura, esa eterna armonía, cumple la justicia, dice la verdad; se sacrifica por to-

das estas grandes leyes divinas, sabiendo que en su vida limitada puede sentir como un reflejo de la vida divina; se abriga y brufie su alma con la virtud; y en el amor y en la práctica de la virtud, cumplida sin ningún interés, realiza su esencia, cuyo último fin es traer toda la suma de bienes posible sobre la tierra para continuar, en alas de las ideas, su vuelo á lo infinito. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Pero ¡ah! señores. Lamentémonos profundamente de que la escuela neo-católica, en mal hora nacida, haya hecho de esta idea religiosa, de este sentimiento religioso, eternas leyes de la vida, una argolla para oprimir á los pueblos, un fuego lento para devorar las ideas, un arma emponzoñada para defender los privilegios, algo terreno, mundanal, opuesto á la idea religiosa, que es un verdadero espíritu, divina prenda de unión de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí; la paz, no la guerra en el espíritu; el amor, no el odio; la libertad, no la servidumbre; la luz, no las tinieblas; la perfección, no el mal; la seguridad de un progreso continuo hácia el cumplimiento del bien, y no la desesperación que se asienta á la sombra de la muerte. [Aplausos.] Los dos grandes principios de la religión, los que mas profundamente se deben inculcar en el alma, son el amor de Dios sobre todas las cosas, y el amor á nuestros semejantes, mayor aún, si es posible, que el amor que nos profesamos á nosotros mismos. Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo, dice la religión. Y creyendo en la eficacia de estos grandes principios, creo, en contra de la desesperación neo-católica, creo que llegarán todos los hombres á unirse en la creencia de Dios y á amarse con amor divino. Creo que por esa continua elevación de la naturaleza al espíritu por medio del trabajo, y del espíritu á Dios por medio del pensamiento, Dios, la naturaleza y el espíritu vivirán en mas íntimas y profundas relaciones, á medida que sea mas verdadero el reinado de justicia. La esencia de nuestra alma es la semejanza con Dios, y el fin de nuestra vida debe ser parecernos á Dios en todo cuanto sea posible, acercar nuestra fantasía á su hermosura, nuestra voluntad á su bien supremo, nuestra razón á su verdad; realizar una vida penetrada de divinos pensamientos, enrojecida en el ideal divino que se levanta luminoso en nuestro espíritu.

La idea de Dios es la luz de la vida. Por eso la idea de Dios no debe estar aislada en el espíritu, separada de la voluntad, no; debe penetrar en la vida, impulsarla, hermosearla; porque nada mas abomina-

ble que un espíritu lleno de Dios y una vida llena de mal, una vida que mezcla esa idea de Dios con el asqueroso cieno del mundo. (Aplausos.) No separemos la idea de Dios de la vida, y habremos realizado uno de nuestros mas grandes deberes religiosos, y habremos cumplido en bien, verdad y hermosura nuestro destino sobre la tierra.

Pero la vida es tambien social. La aplicacion de la idea de Dios á la vida social nos hará libres, nos hará iguales, nos hará hermanos. El gran principio social es el reconocimiento del derecho del hombre. El gran evangelio social es la reorganizacion de la sociedad fundada en el derecho del hombre. La sociedad será mas cristiana, será mas religiosa cuando no haya ni tiranos en su cúspide, ni esclavos en su base; cuando grandes instituciones de caridad, libre, espontánea, hayan estinguido los mendigos; cuando las escuelas fundadas para todos hayan matado esa mendicidad del alma que se llama ignorancia; cuando la guerra muera saciada ya de sangre humana, y el trabajo no sienta sobre sus hercúleas fuerzas la cadena del privilegio; y el pueblo no se vea perseguido por la sombra de las castas; y las naciones no se llamen rivales sino hermanas asentadas en unos mismos derechos; y el pensamiento no tema las sombras que lo oscurecen; y la conciencia se sienta firme en su inviolable seguridad; y todos se amen como iguales en esencia; y nos acerquemos á la unidad que ha ordenado todas las cosas y ha infundido las ideas en todos los espíritus; y proclamemos por padre de toda esta familia humana, por único Señor, á nuestro Dios que llena los cielos y la tierra. [Aplausos.]

La nueva idea lleva en sí un nuevo universo social, y ahora entramos, señores, en la realizacion de ese universo de libertad y de paz. ¡Sueño, utopias! dicen los privilegiados del mundo. No lo estrañéis. Casi siempre la utopia de hoy es la verdad de mañana. Sueño llamaban los fariseos á la unidad religiosa del mundo, y ese sueño fué el Cristianismo; sueño llamaban los sabios de la Edad media á la idea de Colon, y ese sueño fué la América, renovando la hermosura del Paraiso en la tierra; sueño llamaban los publicistas del renacimiento á la paz religiosa proclamada por Tomás Morus en su utopia, y ese sueño fué la paz de Westphalia; sueño llamaban los poderosos del mundo á la realizacion del derecho natural proclamado por los filósofos del pasado siglo, y ese sueño escribió las tablas de 1789 en el Sinai de la revolucion; sueño llaman hoy á las ideas de paz, de libertad, de union de toda la humanidad en la justicia, y ese sueño ¡ah! señores,

ese sueño será mañana la democracia universal. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores; yo no puedo despedirme de un público que tan feliz me ha hecho sosteniéndome en mi trabajo, sin participarle mis esperanzas. Es indispensable, sí, indispensable que para cumplir el bien universal á que aspiramos, no nos desanimemos ni admitamos el error en la inteligencia, ni el pecado en la voluntad, porque solamente las generaciones puras y virtuosas merecen ser libres. Volviendo los ojos á la vida pasada y compenetrando nuestro espíritu con el espíritu de nuestros predecesores, tan duramente probados en el trabajo de abrirnos el camino al bien, nos fortificaremos, con la confianza de que toda la historia es un esfuerzo continuado por la libertad; y haciendo de nuestra tierra un reflejo del Universo, de nuestra alma un rayo de todo el espíritu humano, de nuestra vida una semejanza á la perfeccion suprema; lograremos ver cómo se unen todos los hombres cual un coro de ángeles, en la misma idea religiosa; cómo se trasfiguran y se hermosean los mundos iluminados por esta felicidad del espíritu; cómo hundido cada día mas en los abismos, y realizado el bien mas espléndidamente en los espacios, alcanzamos á ver el premio de nuestros grandes trabajos, á ver á Dios, bendecido por los ángeles que no llorarán mas nuestros dolores, por los hombres rescatados del mal, por los mundos que ya no llevarán en sí mas desterrados, ni regalarán mas lágrimas á lo vacío, por la nueva aurora del nuevo día, por todos los seres que al acercarse al reino de Dios, al sentir un vívido soplo como las brisas de una nueva patria, en nuevos cielos, exhalarán un hosanna inmortal, reconociendo en su Creador el eterno bien y la salud universal. He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos y grandes aclamaciones.)